



El ser humano que saldrá de la crisis

The human being who will emerge from the crisis



PABLO OSORIO

Universidad de Cuenca, Ecuador

pablosorio@gmail.com

Resumen

La sociedad se enfrenta a una crisis civilizatoria múltiple que combina el cambio climático y una desigualdad sin precedentes. Para enfrentar estos desafíos es necesario, además de mecanismos democráticos para construir reglas del juego justas y sostenibles en la sociedad, reflexionar en aquellos incentivos que definen al individuo y que le permiten interactuar de una determinada manera en sociedad. El artículo revisa brevemente algunos elementos de la concepción del ser humano que hemos construido en los últimos siglos, cómo han influido, y de qué forma podemos promover comportamientos y actitudes en las personas que sean capaces de hacer frente a los retos contemporáneos que enfrentamos como humanidad.

Palabras clave: Comportamiento, actitudes, esencia humana.



Introducción

Con el cambio de siglo y de milenio se han hecho escuchar muchas voces respecto de una crisis civilizatoria que nos obligaría a la sociedad a enfrentar transformaciones para poder subsistir. Ya bien entrado el siglo XXI parecía que esos llamados de atención iban a olvidarse poco a poco conforme nos íbamos ajustando a las únicas transformaciones obvias que podíamos observar: un cambio tecnológico, particularmente informático, que ha incidido en todas nuestras facetas sociales hasta convertirse en un nuevo espacio social, en un nuevo espacio de intercambio comercial, en un nuevo espacio educativo y laboral. Ciertamente han sido transformaciones importantes para buena parte de la sociedad que vive conectada a través del internet, pero que también va generando una estela de desigualdad en el acceso a estos nuevos espacios que se expresan a partir de personas ‘desconectadas’, personas ‘analfabetas digitales’, es decir que no pueden interactuar a través de equipos informáticos para acceder a estos espacios. Sin embargo, estos cambios absolutamente relevantes, no reñían con nuestra forma de vida en sociedad.

Pero el acceso y buen uso de la tecnología no sería el único desafío al que nos enfrentamos como sociedad. La relación que hemos desarrollado con el planeta donde vivimos, incluyendo otros seres vivos, han modificado los elementos que conforman el equilibrio en la biósfera hasta un punto de alteración que el Panel Intergubernamental de Cambio Climático – IPCC, en su último informe, a partir de la revisión de miles de artículos científicos, ha llegado a la conclusión de que revertir esos cambios son imposibles en el mediano plazo y que nos tomará varios siglos, e incluso milenios, recuperar el equilibrio que le permitió a la vida prosperar en este planeta.

Paralelamente a estas noticias, la pandemia por el Covid19 ha evidenciado e incrementado las desigualdades en nuestra sociedad en distintos planos. Las diferencias entre quienes detentan el poder y quienes carecen de él, entre ricos y pobres, entre quienes tienen acceso a los avances científicos y quienes la desconocen, se ha hecho evidente y la distancia parece insalvable.

¿Cómo enfrentamos entonces estos desafíos? Las ciencias sociales no se han quedado calladas y desde múltiples plataformas se han escuchado propuestas para revertir la creciente desigualdad, algunas de ellas novedosas, para ampliar el acceso a los recursos que ofrece la sociedad a través de mecanismos como el ingreso básico universal, un sistema internacional

de impuestos a la riqueza, reconocimiento diferenciado de las responsabilidades frente al cambio climático.

Con respecto al cambio climático, las organizaciones internacionales han logrado distintos mecanismos que permitirían mitigar el cambio climático, es decir, disminuir la cantidad de gases de efecto invernadero que modifican el clima en el planeta, o apoyar la adaptación del cambio climático, es decir, generar las infraestructuras necesarias para hacerle frente a los episodios cada vez más frecuentes generados por el cambio climático, principalmente el aumento de sequías o de inundaciones. Para esto se han diseñado mecanismos de movilización de recursos inmensos a nivel global.

Estas propuestas ponen la atención en mecanismos sociales, algunos de ellos a escala planetaria para hacerle frente a estos retos. Son absolutamente necesarios y es necesario entenderlos, promoverlos y, aquellos que están en desarrollo, aprovecharlos.

Sin embargo, al ser psicólogo, estoy convencido que existen comportamientos y actitudes individuales que se han ido consolidando en las sociedades, que influyen definitivamente en la posibilidad de encontrar una salida a estas crisis civilizatorias en la que nos encontramos. En este caso no se trata de apelar a leyes, a acuerdos internacionales o a la organización de sistemas financieros, sino a la promoción de actitudes y comportamientos en los individuos para lograr una sociedad sana. Suena banal pero no lo es. Varios de los problemas que sufrimos en la sociedad tienen su base en la concepción que tenemos del ser humano, de la naturaleza humana. Es necesario entonces, además de un contrato social, promover la construcción de un nuevo ser humano, capaz de hacer frente a estos desafíos impostergables.

69

¿Qué tipo de ser humano hemos promovido?

En los últimos 200 años, la concepción de ser humano que hemos fomentado ha sido la del *homo economicus*, una expresión utilizada por la economía neoclásica para referirse al ser humano que se comporta de una determinada manera que permitían prever sus decisiones y facilitaban el cálculo de las premisas económicas. Pero, como lo expresa Kate Raworth en su libro *Doughnut Economics* (2017), esta concepción ha sido la responsable de buena parte del colapso social y ecológico en el que vivimos. Al pensar nuestra economía teniendo como premisa un tipo determinado de valores en las personas, terminamos generando una suerte de *efecto Pigmalión*, auto cumpliendo la profecía que nosotros mismos hemos diseñado para

concebir al ser humano. Entonces la idea de una persona racional, egoísta y egocéntrica se ha ido expandiendo en nuestra sociedad hasta justificar e incluso respaldar comportamientos de este tipo en la sociedad.

Doscientos años de esta concepción ha promovido el tipo de sociedad que tenemos en la actualidad. Pero el ser humano está en este planeta mucho más tiempo. El Sapiens ha habitado la Tierra por aproximadamente un millón de años y antes de la revolución industrial habría sido imposible sobrevivir si los comportamientos se basaban en concepciones egoístas y egocéntricas. Tuvimos que cooperar para superar cientos de desafíos como especie. ¿Cuáles fueron los valores, la identidad que nos impulsó? Posiblemente rebuscando en la esencia humana sea factible de encontrar alguna posibilidad de sobrellevar la crisis que estamos encarando.

Es necesaria una autoimagen que no responda a las justificaciones de una ciencia económica, sino que nos permita interactuar en el mundo contemporáneo para hacer frente a las crisis que vivimos. Algunas escuelas de psicología en la segunda mitad del siglo XX han realizado avances importantes en la identificación de valores esenciales humanos, que atraviesan todas las culturas en menor o mayor grado. El trabajo de Shalom Schwartz (2012) es particularmente revelador en este sentido: identifica diez grupos de valores personales que son posibles de reconocerlos a través de las diferentes culturas humanas: autodirección, estimulación, hedonismo, logro, poder, seguridad, conformidad, tradición, benevolencia y universalismo.

Al imaginar aquellos valores que nos permitieron prosperar como especie, sería necesario reconocer a un ser más bien social, interdependiente, que apoya con su esfuerzo y sus decisiones a llevar adelante los propósitos del grupo. Posiblemente en la actualidad necesitemos nuevamente de estos múltiples valores que nos permitió progresar mientras convivíamos íntimamente ligados a la naturaleza.

La concepción occidental del ser humano es la de un ser individualista y los sistemas económicos y políticos actúan con esta premisa generando una sociedad fruto de la suma de los individualismos. Sin embargo, esto no es así en todas las culturas, por ejemplo, en algunos países de Asia del este es posible identificar una idea de grupo y sociedad que es mucho más fuerte que el individuo. Son sociedades que no se piensan individualmente sino en colectivo.

¿Qué ser humano necesitamos promover?

Por un lado, está nuestra interacción en sociedad. ¿El ser humano puede ser generoso por naturaleza?, algunas investigaciones sugieren que en efecto fue así, y la capacidad de dar, compartir y ser recíprocos fue fundamental para la consolidación del *homo sapiens*. Así lo sugiere el paleo antropólogo Richard Leakey (2008). La misma economía del comportamiento ha profundizado en lo que los autores Bowles y Gintis (2011) describen como reciprocidad fuerte: una combinación de actitudes del ser humano que condiciona nuestra cooperación: somos tan cooperativos como lo son quienes nos rodean, pero también somos ‘castigadores altruistas’, es decir castigamos comportamientos como la deserción o la viveza aún si ese castigo nos cuesta personalmente. Es la combinación de esas dos actitudes lo que nos permite ser exitosos en una escala social.

La idea de un ser racional individual es extremadamente conveniente para modelar un tipo particular de economía, aunque varios de los científicos de la economía están poniendo en discusión justamente esta idea (Raworth, 2017, p. 104). En efecto, desde el mismo inicio de la era industrial ha habido científicos que cuestionan esta idea (ver Veblen, 1989), nos comportamos más como ‘rebaños’ de lo que quisiéramos admitir. La conducta de cada individuo está determinada por el grupo, y los mecanismos que entran en juego las denominamos normas sociales, expectativas de rol (la conducta que el resto espera que mí), y algo que aprendí cuando viví en Ciudad de México: en caso de duda sobre a dónde ir, sigue a la masa.

Por otro lado, está nuestra relación con la naturaleza, sobre la que hemos promovido una idea de dominio. Poco o nada hemos aprovechado de las culturas que han sabido relacionarse armónicamente con la naturaleza. En contextos de conquista y colonización se han dejado de lado cualquier idea de respeto por la forma de vida que el conquistador fue encontrando. En Australia, por ejemplo, al no encontrar centros urbanos, los colonizadores ingleses llegaron a declarar *terra nullius*, es decir tierra de nadie, y no consideraron a los aborígenes ni siquiera como personas. Incluso en nuestros días, las formas de vida que han subsistido por siglos en la Amazonía no son considerados como un portento de interacción entre el ser humano y la naturaleza, sino existe una soterrada y a veces muy expresa arrogancia que impide reconocer a estas culturas que han resistido siglos en un equilibrio sorprendente.

En el siglo XXI también rompimos la barrera de la mitad de la población mundial viviendo en entornos urbanos, la humanidad es principalmente urbana, y los niños que crecen en estos contextos, generan una visión muy antropocéntrica y limitada de nuestras interacciones naturales que, por ejemplo, niños que crecen en contextos rurales, campesinos e indígenas. Esos niños urbanos crecen con mucha información, pero con una visión de ver el mundo. Se simplifican relaciones causales para encontrar soluciones a los problemas, evitando una mirada amplia, compleja, sistémica que permita encontrar soluciones desde la transdisciplinariedad.

¿Tenemos opciones?

¿Seremos capaces de diseñar arreglos institucionales que aprovechen la reciprocidad esencial humana?, ¿cómo deberíamos solucionar los problemas de vivienda o alimentación teniendo estos elementos en mente?, ¿Cuáles son los valores, las normas y las relaciones que pueden ayudar a conformar un tipo de comportamiento y unas actitudes que nos convengan como humanidad? Y, sobre todo, ¿cómo lo hacemos?

Según investigadores como Crompton y Kasser (2009) los mecanismos de control y vigilancia por parte del Estado, así como las multas no generan cambios permanentes en las personas. Para crear y mantener un cambio en los comportamientos y actitudes es necesario conectar con los valores de las personas, con su identidad como personas. Sistemas de educación formal e informal que promuevan estos valores desde la niñez son fundamentales para generar un cambio generacional necesario.

Referencias

- Bowles, S., & Gintis, H. (2011). *A cooperative species*. Princeton University Press.
- Crompton, T., & Kasser, T. (2009). *Meeting environmental challenges: The role of human identity* (pp. 1-93). Godalming, UK: WWF-UK.
- Leakey, R. (2008). *The origin of humankind*. Basic books.
- Raworth, K. (2017). *Doughnut economics: seven ways to think like a 21st-century economist*. Chelsea Green Publishing.
- Schwartz, S. H. (2012). An overview of the Schwartz theory of basic values. *Online readings in Psychology and Culture*, 2(1), 2307-0919.
- Veblen, T. (1898). Why is economics not an evolutionary science? *The quarterly journal of economics*, 12(4), 373-397.